

Se cumple este año 2007 el septuagésimo quinto aniversario de la fundación de la Escuela de Estudios Árabes del CSIC. Fruto de estos setenta y cinco años de historia dedicada a la investigación y enseñanza son las colecciones que integran el rico patrimonio documental de la EEA, compuesto no sólo por libros y revistas, sino también por manuscritos árabes y otros fondos documentales.

No es necesario decir que la Biblioteca de la Escuela es una de las principales bibliotecas especializadas dentro del campo del arabismo y es la más importante de España en temas andalusíes. Alberga un rico fondo de monografías y revistas especializadas en la civilización islámica medieval, sin limitación geográfica pero con especial atención a al-Andalus.

Posee también un fondo antiguo (obras de los siglos XVI a XVIII) de gran interés, un importante fondo de obras del siglo XIX y una colección de manuscritos árabes. Esta exposición pretende dar a conocer una selección de estos fondos especiales. Nuestro propósito inicial era recrear a través de los fondos de la biblioteca el ambiente científico que rodeó a los arabistas que fundaron las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, creadas en 1932, así como realizar un estudio de la evolución de las líneas de investigación de la Escuela desde entonces hasta ahora. Al mismo tiempo hicimos una selección de las obras aquí expuestas como las más sobresalientes de la biblioteca. Pronto advertimos que emprender ambas tareas simultáneamente era abarcar demasiado para el tiempo y el espacio disponible para esta exposición, por lo que pospusimos el primer proyecto centrándonos en una selección de manuscritos y libros antiguos.

La Escuela comenzó su andadura bajo la dirección de Emilio García Gómez, catedrático de Árabe de la Universidad de Granada, que desde el principio dotó a la Biblioteca de los fondos necesarios. Para ello contó con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de la Segunda República y, especialmente, de su titular en aquel entonces, Fernando de los Ríos.

Además de las obras adquiridas entonces por compra, los primeros fondos incorporados procedían de la Universidad de Granada, ya que la EEA se creó aneja a ella.

FONDO ANTIGUO

Antes de presentar las obras aquí expuestas y dado el título de esta exposición conviene hacer una reflexión sobre lo que consideramos fondo antiguo. Es habitual que a la hora de definir lo que constituye el fondo antiguo de una biblioteca se atienda por un lado a las técnicas de impresión –imprenta manual e imprenta mecánica y los avances producidos en ésta durante el siglo XIX– y, por otro, a criterios cronológicos, evidentemente relacionados con la evolución de estas técnicas. Como libro antiguo se puede entender “el manuscrito o el libro impreso cuya concepción técnica se ha realizado íntegramente de forma manual”. Sin embargo, no existe un criterio unánime, pues, según la época y según las distintas normas y bibliotecas, se ha tenido un concepto distinto del fondo antiguo y así, pueden considerarse como fondo antiguo los libros anteriores a 1801 (Reglas de Catalogación españolas), a 1820 (ISBD), a 1830 (Biblioteca Nacional), anteriores a 1901 o incluso abarcar los fondos hasta 1958, fecha de creación del depósito legal. Es evidente que con el paso del tiempo habrá que revisar este concepto, olvidando las técnicas empleadas y atendiendo más a criterios cronológicos, pues es manifiesto e incuestionable que las obras del siglo XIX necesitan una especial protección y estar separadas del fondo moderno, por estar sometidas –igual que las del siglo XVIII– a un mayor peligro de deterioro.

Pese a lo anteriormente expuesto, en esta ocasión consideramos fondo antiguo los manuscritos o libros impresos anteriores a 1801. Si hubiéramos incluido en esta exposición las obras del siglo XIX nuestro inicial propósito de estudio evolutivo de la Biblioteca de la Escuela como reflejo de los estudios llevados a cabo en ella hubiera sido más fácil de cumplir y al mismo tiempo

se hubieran podido mostrar obras de gran valía científica y bibliográfica. La limitación que nos hemos impuesto ha venido determinada únicamente por el espacio disponible. Solamente hemos hecho una salvedad al exhibir *Plans, elevations, sections and details of the Alhambra* [nº 45] de Jules Goury y Owen Jones, de 1834-35, con el propósito de que la línea de investigación de Arte y Arquitectura islámicos, tan presente en la Escuela desde la restauración de ésta por Leopoldo Torres Balbás, estuviera representada en esta muestra. Es preciso aclarar también que se han diferenciado del fondo antiguo los manuscritos árabes por tener unas características y un origen distintos.

No se sabe en qué momento las obras que componen el fondo antiguo llegaron a la Escuela de Estudios Árabes, pero sí hay que destacar que muchas fueron donación de ilustres arabistas. Entre los donantes hay que señalar a Simonet, Guillén Robles y Gaspar Remiro.

Este fondo antiguo está compuesto por obras en diversas lenguas como árabe, hebreo, latín, o griego, siendo algunas bilingües o incluso trilingües como la *Tabula de Cebes* [nº 29] de 1640.

Todas son obras valiosísimas, bien por el interés científico que tuvieron en su momento, bien por su valor bibliográfico al tratarse de ejemplares raros o primeras ediciones o por el no menos importante valor artístico.

Las obras aquí expuestas abarcan un período de tres siglos, XVI a XVIII, siendo la primera de ellas el *Colliget* [nº 7] de Averroes, impreso en Venecia en 1560 y la última, exceptuando la mencionada de Goury-Owen Jones, la *Descripción de España de Xerif Aledris* [nº 31], publicada en 1799 en la Imprenta Real de Madrid. Todas ellas se editaron en Europa –Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania, Italia, Portugal y España– y se puede decir que son representativas de lo que produjo el orientalismo europeo en esa época. Como es lógico, el contexto histórico y cultural en que nacieron influyó tanto en su contenido como en la forma y en los medios técnicos empleados para su publicación. Ese contexto varía de unas obras a otras como lo hizo la realidad histórica de esos tres siglos y detenernos a estudiar estos factores durante tan largo período significaría hacer una historia de Europa y del “orientalismo” europeo, lo que

desbordaría los propósitos de esta introducción. Nos limitaremos por tanto a señalar algunas circunstancias relacionadas con la publicación de los libros aquí expuestos.

Existen dos elementos fundamentales que influyen en el desarrollo de los estudios orientales en Europa: por un lado, la expansión colonial y comercial y, por otro, el factor religioso. No hay duda de que la Reforma protestante nacida en Alemania en el siglo XVI, que dividiría los estados europeos en católicos y protestantes, influyó decisivamente en el desarrollo del orientalismo. Propició la revitalización del estudio del hebreo con el objetivo de llevar a cabo una profunda revisión del texto bíblico y, a su vez, del árabe como medio para comprender mejor la lengua de la Biblia. El afán misionero en convertir a los musulmanes al cristianismo aumentará el interés por el conocimiento de otras culturas y el estudio de su lengua con el objetivo de expandir las ideas cristianas y rebatir el Islam, en el caso de los países islámicos, que es el que nos interesa ahora. Quizá sea éste el motivo por el que tantos arabistas de estos siglos fueron religiosos. La importancia de los textos árabes se acrecentó al ser considerados además como depositarios del saber clásico de Grecia y Roma.

Francia e Italia conocen un florecimiento de los estudios árabes en los siglos XVI y XVII. En ello jugarán un gran papel los maronitas llegados a Europa en esta época. La fundación del Colegio Maronita de San Pedro y San Marcelino de Roma en 1584, que forma parte de un acercamiento de la Iglesia de Roma a las iglesias cristianas de Oriente para sustraerlas de la influencia protestante, influirá en el desarrollo del árabe como disciplina. Allí irá Gabriel Sionita (1577-1648), que más tarde pasará a París como profesor de árabe e impartirá lecciones a arabistas como el alemán Matthias Pasor. También en París estudiará el holandés Erpenio, que aprenderá árabe del egipcio Joseph Barbatius. Se ha dicho con frecuencia que el estudio del árabe y de otras lenguas orientales no tuvo intereses comerciales, pero otro factor de gran importancia en este desarrollo será el tratado de 1535 que Francisco I firma con el Imperio Otomano, que continúa su imparable expansión por Europa, Asia y África, y el intercambio político y comercial derivado de él. Durante

su reinado se establece en Francia la enseñanza de lenguas orientales. En 1530 funda el Collège de France y crea las cátedras de griego y de hebreo. Es la época en la que el primer arabista francés, Guillaume Postel, viaja a Egipto y a Constantinopla con la intención de aprender lenguas orientales y reunir manuscritos. Años más tarde se entablarán nuevas negociaciones que desembocarán en el tratado de 1604 entre Enrique IV y el sultán Ahmet I. Pieza clave de estas negociaciones fue el embajador francés en Constantinopla de 1591 a 1605, Savary de Brèves (1560-1628), que se había ganado la confianza de los sultanes turcos. En la Europa protestante el desarrollo de los estudios árabes comenzará en Leiden, donde sobresalen la gran figura del siglo XVII Thomas Erpenius (1584-1624), nombre latino del holandés Thomas van Erpen, y su discípulo Golius. Erpenio viaja por toda Europa estudiando árabe en París, y en Venecia turco, persa y etiópico. A su regreso a Holanda enseñará árabe y lenguas orientales en Leiden y más tarde también hebreo. Su producción bibliográfica es amplia y en ella destacan varias gramáticas, de hebreo, caldeo, siríaco y árabe. Su *Grammatica arabica* [nº 9], publicada en 1613, tuvo gran difusión, convirtiéndose en obra de referencia para el estudio del árabe hasta el siglo XIX. Se sabe que Codera la utilizó para aprender el árabe y tal vez se sirviera del ejemplar que se muestra en esta exposición. La *Grammatica* conoció varias ediciones, entre ellas una, que también se conserva en la Escuela de Estudios Árabes, editada por Albert Shultens junto a otras obras. Presentamos de esta obra una segunda edición de 1767 [nº 10]. También publica Erpenio en 1626 el texto árabe y la traducción latina de la *Historia saracenica* de Elmacino [nº 4].

En Inglaterra el avance de los estudios árabes es más tardío -- las primeras cátedras de árabe de Cambridge y Oxford no se crean hasta 1632 y 1634, respectivamente--y está influido por el arzobispo reformista William Laud, ministro de Carlos I. El primer ocupante de la cátedra de Oxford es Edward Pococke (1604-1691), clérigo de tendencia laudiana, que publicó entre otras obras el texto árabe y la traducción latina del *Muṣṭaṣar tārij al-duwal* de Bar Hebraeus bajo el título de *Historia compendiosa dynastiarum* [nº 3]. Pococke

estuvo cinco años en Alepo como comisionado de Laud para la consecución de manuscritos, pues el afán por coleccionarlos como medio para el conocimiento de la civilización árabe también estará presente en el orientalismo inglés desde un principio. De nuevo será el comercio con el Imperio Otomano un factor importante en el desarrollo de los estudios árabes. Los capellanes de las factorías comerciales establecidas en varias ciudades de Oriente ejercieron un papel fundamental en esta labor de obtención de manuscritos y muchos de ellos escribieron libros de viajes. Las colecciones de manuscritos orientales de las dos universidades inglesas deben mucho a esta actividad recolectora del siglo XVII y a la incorporación de las bibliotecas de algunos orientistas como Pococke, cuya colección adquirió a su muerte la Bodleiana. La colección de Cambridge tuvo su origen en la biblioteca de Erpenio, aunque éste pretendía legarla a su muerte a Leiden.

Respecto al orientalismo alemán, donde comenzó la Reforma, ya desde el siglo XV y durante el XVI se estudia especialmente el hebreo, dándole un carácter científico a la exégesis bíblica. Se continúa con este interés en los siglos siguientes y como ejemplo tenemos el *Recueil de questions proposées a une société de savants qui par ordre de sa majesté danoise font le voyage de l'Arabie* [nº 40], de Michaelis, publicado en el siglo XVIII. La intención de Michaelis al organizar esta expedición de la que, curiosamente, él no formó parte, era comprobar sobre el terreno el contenido de la Biblia. El único superviviente del viaje, el danés Carsten Niebuhr, se apartó de la misión encomendada, gracias a lo cual disponemos de una *Description de l'Arabie* [nº 41], impresa en París en 1799, con abundantes y exquisitos grabados.

Obra de gran importancia en el siglo XVII es la *Bibliothèque orientale* [nº 6], o *Dictionnaire universal*, de Barthélemy d'Herbelot (1625-1695), publicada en París en 1697. Se trata de una monumental obra de referencia de las culturas árabe, persa y turca, que cubre diversos aspectos de la civilización islámica como literatura, historia, ciencia y religión. La obra alcanzó una gran repercusión en toda Europa. Es el paradigma del orientalismo colonial eurocentrista que se sitúa en una posición dominante con respecto a la cultura

objeto de estudio, construyendo y transmitiendo una imagen de la realidad del otro deformada por los prejuicios del que la estudia. Así, esta obra sirvió de inspiración a Flaubert para su idea romántica y al mismo tiempo despectiva de la civilización árabe. De hecho, se conservan las anotaciones del autor francés en un manuscrito de veintidós páginas que ha sido digitalizado por la Universidad de Rouen. La *Bibliothèque orientale* ha recibido muy duras críticas, no sin razón, por parte de E. Said, entre otros estudiosos del orientalismo.

España presenta en este terreno unas peculiaridades que la diferencian del resto de los países europeos. Se ha venido considerando que el siglo XVII fue una época de decadencia o “eclipse” en España con respecto a los estudios orientales y que el resurgir de éstos no se produce hasta el siglo XVIII. Sin embargo, Rodríguez Mediano considera que hubo una continuidad de la erudición orientalista debido a la existencia de los moriscos, con todo lo que conllevaba, y a que tanto el Islam como la lengua árabe formaban parte de la historia reciente del país. La falsificación del pergamino de la Torre Turpiana y de los libros plúmbeos del Sacromonte contribuyó al desarrollo del estudio de la lengua árabe, ya que se hizo necesario traducir y analizar los textos encontrados. El papel del Arzobispo don Pedro de Castro defendiendo la autenticidad de los plomos fue de vital importancia en la consideración que durante esta época tuvieron los textos árabes, “pues constituían la prueba de la antigüedad de la Iglesia de Granada y su vinculación directa con los orígenes del cristianismo, por encima de su inmediato pasado musulmán. De esta manera, aquellos difíciles textos árabes implicaban perentoriamente la cuestión de los orígenes de España y de los españoles, tan importante para la historiografía de la época”. La traducción de los libros plúmbeos se encargó a los moriscos Alonso del Castillo y Miguel de Luna (ca. 1545-1615), que parecen ser sus principales falsificadores. Luna escribió la *Historia verdadera del rey Don Rodrigo* [nº 18], en la que también manipula la historia de la conquista musulmana de la Península Ibérica, basándose en el supuesto relato de un testigo de la misma. Esta obra, de la que presentamos una cuarta impresión de 1646, se expone junto a su traducción

francesa, la *Histoire de la conquête d'Espagne par les mores* [nº 19], publicada en París en 1680. Relacionado con el entorno morisco, Ginés Pérez de Hita (1544-1619), el narrador de la guerra de las Alpujarras, escribió una *Historia de los vandos de los cegries, y abencerrajes* [nº 20], sobre los últimos tiempos de la Granada nazarí, con tanta falsedad como la de Luna y utilizando igualmente el recurso de haber hallado el manuscrito de un moro granadino. La edición que presentamos es del siglo XVIII, muy posterior a Hita.

También estudió los libros plúmbeos el jesuita Tomás de León (1613-1690), profesor de teología del Colegio de San Pablo de la Compañía de Jesús en Granada que redactó un *Vocabulario árabe-castellano y árabe-latino* [nº 21], cuyo manuscrito se expone aquí.

Las medidas tomadas contra los moriscos desde la Pragmática de 1502 que los obligaba a convertirse al cristianismo, pasando por la prohibición de la lengua árabe y los vestidos musulmanes en época de Felipe II y, finalmente, los decretos de expulsión de 1609 y 1610 produjeron escritos de reivindicación de nobleza e hispanidad por parte de algunos moriscos y de otros personajes que los apoyaban. Al mismo tiempo suscitaron el desarrollo de obras de apologética que justificaban las medidas tomadas contra ellos. Entre éstas se puede contar la obra del carmelita Marcos de Guadalajara (1560-1631) *Prodición y destierro de los moriscos de Castilla* [nº 22], aparecida en 1614. La apologética afectó a otros temas, especialmente a los relacionados con la Inquisición. La Escuela de Estudios Árabes no posee ninguna obra sobre el llamado Santo Oficio, pero sí otra, *Commentariorum in Job* [nº 17], surgida de la pluma del inquisidor Juan de Pineda, (1558-1637), que va precedida de unas poesías de este género a él dedicadas.

No se puede dejar de relacionar con estos temas, en especial con el de la antigüedad de la Iglesia de Granada, la obra de Francisco Bermúdez de Pedraza, (1576-1655), *Antigüedad y excelencias de Granada* [nº 23], ciudad a la que el autor, a fin de ennoblecerla, vincula, como a su Iglesia, al cristianismo primitivo.

La política africana de España y Portugal en el siglo XVI propició la publicación de una serie de obras sobre el continente africano y sus habitantes. De fines de este siglo es el ejemplar de la *Descripción general de África* [nº 25] de Luis del Mármol Carvajal (s. XVI), también participante y cronista de la Guerra de las Alpujarras. Para su descripción de África se basó en la obra de León Africano y en su propia experiencia personal, ya que había pasado veintidós años de su vida sirviendo en los ejércitos de Carlos I y Felipe II y participando en sus campañas militares en África. La obra fue traducida al francés en el XVII con el título *L'Afrique de Marmol*, en un volumen que contiene también *L'Histoire des chérifs* de Diego de Torres [nº 26], juntando de esta forma dos obras estrechamente relacionadas. Junto a ellas se expone el tercer “clásico”, como lo define García-Arenal, de la literatura española sobre el norte de África: la *Topografía e historia general de Argel* de Diego de Haedo [nº 27].

Si la influencia de la Iglesia fue determinante en el desarrollo de los estudios árabes durante el siglo XVII, en el XVIII, pese a la secularización producida por las ideas ilustradas, las órdenes religiosas, especialmente franciscanos y jerónimos, no dejaron de estar presentes en el cultivo del saber arabista y orientalista. La España de la Ilustración conocerá un gran florecimiento de los estudios árabes dentro de la corriente de recuperación de los estudios orientales y clásicos, que en el caso del árabe se fundará en razones históricas, en cuyo desarrollo jugarán un papel importante Campomanes y sus proyectos reformistas y, al igual que en el resto de Europa, los maronitas. Campomanes (1723-1802), político y jurista, ministro de Hacienda de Carlos III, definido como helenista, historiador y bibliófilo por los estudiosos, ejerció una gran influencia en la vida cultural española ya antes de ser ministro desde su puesto de fiscal del Consejo de Castilla. Él mismo estudió árabe y mostró una gran erudición en diversos campos. Fue miembro de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia, de la cual llegó a ser director en 1764. Tuvo una estrecha relación con Casiri, presbítero maronita nacido en Trípoli (actual Líbano) en 1710 y que llegó a España en 1748, tras haber estudiado en el Colegio Maronita de

San Pedro y San Marcelino en Roma. En Madrid Casiri entró en la Biblioteca Real como profesor (escribiente). Más tarde, en 1755, consiguió un puesto de intérprete de lenguas orientales, tras el fallecimiento de Andrés de Amón, otro maronita titular de ese puesto hasta entonces. Interesado en los manuscritos orientales, se encargó de la catalogación de los del Monasterio de El Escorial de donde fue bibliotecario. Fruto de ese interés fue la publicación de su *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis* [nº 28], en dos volúmenes aparecidos en 1760 y 1770. Adquirió gran prestigio como arabista y fue persona de gran influencia, debido a su amistad con Campomanes, a quien enseñó árabe y que lo introdujo en la Real Academia de la Historia. La Biblioteca Real, necesitada de escribientes de árabe fue uno de los centros a los que los maronitas aportaron sus conocimientos de esta lengua. Además ejercieron como intérpretes regios, que tenían entre sus ocupaciones la correspondencia con Turquía y los países del norte de África. Entre los escribientes empleados en la labor de copia de manuscritos árabes podemos señalar a Pablo Hodar y a los Amón de San Juan, que estuvieron relacionados con alguna de las obras aquí expuestas. Junto a esta tarea de copia, la Biblioteca se ocupó de otros trabajos sobre los manuscritos y empleó, entre otros a José Banqueri, a José Antonio Conde y a Elías Scidiac, que, a la muerte de Casiri ocupó su puesto. Al tener además una imprenta, algunos trabajos de gran interés salieron de sus prensas. De los que aquí se exhiben fueron impresos en la Imprenta Real *Paráfrasis árabe de la Tabla de Cebes* [nº 30] con traducción castellana de Pablo Lozano, en 1793 y *Descripción de España de Xerif Aledris* [nº 31], traducida y anotada por José Antonio Conde, en 1799.

Junto a la Biblioteca Real sobresalieron en el cultivo del arabismo los Reales Estudios de San Isidro, que antes habían pertenecido a los jesuitas. Tras su desaparición con la expulsión de éstos, Carlos III les da un nuevo impulso y en 1770 se crea una cátedra de árabe, cátedra que obtuvo Mariano Pizzi (m. 1791), apoyado por el influyente Francisco Pérez Bayer y por el Ministro de Gracia y Justicia Manuel de la Roda, frente a Banqueri, que era el candidato de Campomanes. El ganador, Pizzi, fue el autor del *Tratado de las aguas medicinales de Salam-*

Bir [nº 32], traducción de una falsificación realizada por él mismo y por Juan Amón de San Juan. Al parecer Pizzi quiso implicar en ella a Pablo Hodar, presbítero maronita hospedado temporalmente en su casa, a quien obligó a hacer una nueva copia del apócrifo y de cuyas obras gramaticales se apropió. De nuevo se emplea el recurso utilizado por los falsificadores moriscos del hallazgo de un viejo manuscrito árabe.

Se ha mencionado antes el espíritu misionero como uno de los factores que alentó el desarrollo de los estudios orientales. En España ese espíritu misionero estuvo representado por la orden franciscana, que mantenía un seminario en Tierra Santa y fue potenciado por Campomanes como alternativa a su fracaso en los Reales Estudios. Los dos franciscanos más sobresalientes del arabismo español del XVIII fueron Banqueri y Cañes. Este último llegó a España tras una larga estancia en Oriente. Le fueron encargados una *Gramática arábigo-española* [nº 33] y un *Diccionario Español-Latino-Arábigo* [nº 34], publicado en dos volúmenes en 1787. La obra, que contó con un preliminar del propio Campomanes, constituyó la mayor empresa lexicográfica de los estudios árabes en la Península durante mucho tiempo.

La tercera institución que contribuyó a impulsar los estudios árabes fue la Real Biblioteca de El Escorial, donde se creó una cátedra de árabe que obtuvo el fraile jerónimo Patricio de la Torre, que había sido discípulo de Casiri. Desde entonces la biblioteca estuvo relacionada con los jerónimos.

Durante el siglo XVIII continúa el florecimiento de los estudios árabes en Europa y se publican cada vez más fuentes y estudios relevantes. Este hecho en Holanda irá unido a la figura de Albert Schultens (1686-1750) y en Alemania a Johann Jakob Reiske (1716-1774). Al primero nos hemos referido a propósito de su edición de la *Grammatica* de Erpenio. También de él, presentamos *Monumenta vetustiora Arabiae* [nº 5], edición de las obras de al-Nuwayrī, al-Masʿūdī, Abū l-Fidāʾ y la Ḥamāsa de Abū Tammām. Reiske publicó en Leipzig en 1788 *Abilfedae annales moslemici* en 1778 [nº 1].

Se ha señalado anteriormente cómo el orientalismo estuvo también ligado a la expansión colonial. La presencia en territorios islámicos de diplomáticos,

militares y comerciantes europeos fue acompañada no sólo de la creación de obras gramaticales y lexicográficas que sirvieran para el entendimiento con los habitantes de esos lugares, sino de la redacción por parte de los allí desplazados de otras obras, en las que se ocupan de la historia del país en cuestión, realizan una descripción geográfica o narran sus experiencias viajeras. Exponemos en esta ocasión varias obras sobre estos temas, la mayoría francesas y como es lógico referidas al norte de África, zona en la que se centraron los intereses coloniales y comerciales franceses. Así se pueden ver aquí la *Historia del reyno de Argel* [nº 35] de Laugier de Tassy, oficial del consulado francés en Argel y también comisario de la marina de Luis XV en Holanda a finales del s. XVII, en una traducción española de 1750; *Recherches historiques sur les maures et histoire de l'empire de Maroc* [nº 36], 1787, de Louis Chénier (1767-1782), cónsul de Francia en Marruecos; y un volumen misceláneo [nº 37] que contiene la *Histoire du naufrage et de la captivité de M. de Brisson*, 1789, relato autobiográfico de un oficial de la administración colonial francesa (Pierre-Raymond) ; *Voyage dans les déserts du Sahara*, 1792 de Adrien-Jacques Follie (1746-1803), que también sufrió cautiverio, y *Précis sur l'établissement des colonies de Sierra Léona et de Boulama*, 1798, traducción francesa resumida del original inglés de de C. B. Wadström (1746-1799), ingeniero del rey de Suecia Gustavo III, obra que se inscribe dentro de la línea abolicionista.

La relación con el Imperio Otomano siguió siendo preocupación de la Europa del siglo XVIII y, en consecuencia, la producción escrita sobre éste continuó. Aquí presentamos dos obras que lo ponen de relieve: *Stato militare dell'Imperio Otomano* [nº 38], del conde Marsili, publicada en 1732 y *Tableau général de l'Empire Othoman* [nº 39] de Ignatius Mouradgea d'Ohsson, aparecida en 1788.

Un factor que hay que considerar como relevante en la publicación de estas obras es el de la evolución que experimentó la imprenta en estos siglos. No hay duda de que contribuyó al desarrollo de la erudición europea en todos los campos, sin embargo las obras de gramática y lexicografía y en general todas aquellas que necesitaban utilizar tipos orientales se encontraron con el tropiezo

de la inexistencia en Europa de dichos tipos. Los primeros pasos dados en distintas capitales permitieron la impresión de muy dignos y bellos caracteres como se puede apreciar en los libros expuestos. Por la importancia que tuvieron vamos a referirnos a algunos casos que atañen a estas obras. Hay que destacar el hecho general de que, obligados por esta carencia, fueron los propios autores los que hubieron de buscarse los tipos y se convirtieron en impresores de sus propias obras.

Ya a fines del siglo XVI imprime en Holanda Franciscus Rapheleng o Raphelengius (1539-97), profesor de hebreo en Leiden. Se da la circunstancia de que Raphelengius era yerno del célebre Plantino, de cuya imprenta se encargó cuando éste se trasladó a Amberes. A su muerte heredó la imprenta de Leiden y en sus publicaciones siguió conservando la prestigiosa marca del compás y el nombre de su suegro: *Officinae Plantiniana Franc Raphelengii*. Para elaborar los tipos árabes contó con la ayuda de Joseph-Juste Scaliger, que le dejó su *Thesaurus arabicus*. Aunque Raphelengius murió en 1597, se sabe que William Bedwell (1562-1632), primer arabista inglés, imprimió en 1612 un *Lexicon* árabe en el taller de Franciscus Raphelengius con una fuente de tipo árabe modelada sobre la fuente de la imprenta de los Medici establecida en Roma en 1580 por el cardenal Fernando de Medici. De su imprenta (*in Officina Raphelengiana*) salió en 1613 la *Grammatica arabica* [nº 9] de Erpenio con tipos creados y costeados por él mismo, mientras creaba una imprenta en su propia casa. La nueva *Typographia Erpeniana Linguarum Orientalium* publicó dos obras de las aquí expuestas: un Pentateuco en árabe titulado *Tawrāt Mūsā al-nabī ‘alay-hi al-salām id est Pentateuchus Mosis arabicè* [nº 16], en 1622, y un volumen con la ya mencionada *Historia saracenica* de al-Makīn y la *Historia arabum* de Ximénez de Rada en 1625 [nº 4]. La *Grammatica* de Erpenio tuvo un gran éxito, lo que unido a su cualificación como tipógrafo hizo que su autor recibiera ofertas de distintos países que intentaban hacerse con su saber.

De las pocas obras en hebreo que aquí presentamos, los *Psalmi Davidis hebraici* [nº 15] llevan pie de imprenta *Raphelengii: Officina Plantiniana*, 1608. Hay que señalar, que la tipografía hebrea se remonta casi a la invención

de la imprenta –se comienza a imprimir en hebreo en 1475–, pues no planteaba tantos problemas como la árabe, debido a la cantidad de signos distintos y ligaduras de esta última.

Los inicios de la tipografía árabe en Francia van íntimamente ligados a dos nombres; Savary de Brèves y Antoine Vitré (1595-1674). Savary, al que ya nos hemos referido, fue el inspirador del Collège Royal, más tarde Collège de France, junto al que deseaba establecer una imprenta capaz de imprimir tipos orientales. Durante su estancia en Oriente hizo grabar bellos caracteres árabes, siriacos, persas, armenios y etíopes y los llevó a París para crear los punzones y matrices necesarios. No se sabe si la realización de los tipos se llevó a cabo en Roma o en la capital francesa, pero sí que fueron costeados por él mismo. Tenía el proyecto de publicar una Biblia polígota, proyecto que fue en un principio bien acogido por los altos círculos franceses, pero al final las intrigas políticas dieron al traste con su idea. Alejado por Luis XIII de su cargo de gobernador de la casa de Gaston, el hermano del rey, Savary tuvo un final inmerecido. A su muerte, Antoine Vitré, impresor de lenguas orientales de Luis XIII, fue encargado por éste a través de Richelieu, de la adquisición de los punzones y matrices de los tipos árabes que pertenecieron al antiguo embajador. Para ello dispuso el libramiento de una elevada cantidad de dinero. Vitré no recibió nada de lo estipulado debido a la situación de quiebra financiera en época de Luis XIII y finalmente fue el clero francés, de quien era impresor desde 1635, el que se hizo cargo de sus deudas. Estos punzones y matrices no se incorporaron a la imprenta real hasta 1691, ya en época de Luis XIV. Vitré retomó el proyecto de Savary y editó en 1628 una *Bible Polyglotte*, obra maestra de la tipografía, impresa en hebreo, samaritano, caldeo, griego, siriano, latín y árabe, con caracteres fundidos por Jacques de Sanlecque, en la que colaboraron los hombres más sabios de la época. También publicó la *Vulgata Sixto-Clementina*, editada e ilustrada por él, no sabemos en qué fecha, pues esta edición de la Escuela de Estudios Árabes fue publicada en Venecia en 1742, bastantes años después de su muerte [nº 14].

Desconocemos si existe alguna relación familiar entre el mencionado Savary de Brèves y el orientalista

francés del siglo XVIII Claude-Etienne Savary (1750-1788), cuya traducción del Corán al francés presentamos en esta exposición [nº 8].

Entre los autores que se vieron obligados a crear sus propios tipos de imprenta y a costear sus ediciones destaca Franciszek Meninski (1628-1698), que compuso un voluminoso *Lexicon arabico-persico-turcicum* en Viena en 1680. Josef Edler von Kurzböck, impresor vienés del siglo XVIII, se hizo con esos tipos, con los que imprimió en 1780 la edición de esta obra que aquí se expone [nº 11]. También se ocupó de imprimir dos años más tarde la *Historia priorum regum persarum* [nº 12] del autor persa del s. XV Mohammed Mirchond o Muḥammad MīrjWānd (836 ó 37-903/1433 ó 34-1498), edición persa de la obra *Rawḍat al-ṣafā' fī sīrat al-anbiyā' wa-l-mulūk wa-l-julafā'*, acompañada de una traducción latina. La impresión de ambas obras es muy cuidada y contiene preciosos grabados.

El gran siglo de la imprenta en España es el XVIII, es la época de Joaquín Ibarra, que comienza en Zaragoza, y de Antonio de Sancha, Benito Monfort y Pérez de Soto en Madrid. De las prensas de estos últimos salieron algunos de los ejemplares aquí presentados. Antonio de Sancha (1720-1790) aprendió el oficio junto a Antonio Sanz; fue además encuadernador y comenzó como editor de obras que se imprimieron en otras imprentas, como el *Parnaso español*, antología poética publicada por Ibarra. Ya como impresor realizó bellas ediciones de los clásicos españoles. A él se le encargó la impresión del *Diccionario de Cañes*, en 1787, debido al fallecimiento de Ibarra, en quien se había pensado en primer lugar. Imprimió también la *Historia crítica de España y de la cultura española* [nº 13] de Juan Francisco Masdeu (1774-1817) en 17 volúmenes impresos entre los años 1783-1797.

Si el *Diccionario de Cañes* lo realizó Sancha, la *Gramática árabe-española* [nº 33] del mismo, que se muestra aquí, la imprimió unos años antes, en 1776, Antonio Pérez de Soto. Fue también el impresor de otras obras de esta exposición, del *Tratado de las aguas medicinales de Salam-Bir* [nº 32] de Pizzi (1761) y de la *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis* [nº 28] de Casiri (1760-1770). Por su parte, Fernández de Córdoba imprimió la *Topografía* de Haedo a la que ya nos hemos

referido.

La botánica está representada en esta exposición por la obra *Genera plantarum* [nº 42], del eximio Carl von Linné (1707-1778), el Linneus latino, ilustrada con unos grabados de plantas y una tabla clasificatoria de ellas. En relación con los arbustos, concretamente el *Commiphora Opobalsamum*, disponemos de la obra de Johann Georg Volckamer (1616-1693), *Opobalsami orientalis* [nº 43], un librito sobre la controversia que este bálsamo produjo en Italia.

Además de las obras mencionadas hasta ahora, se exponen otras de diversos temas. De numismática hemos elegido *Museum Cuficum Borgianum Velitris* [nº 2] de Jacob Georg Adler (1756 - 1834), con bellas láminas de inscripciones cúficas. No podía faltar alguna obra de literatura o de poesía, aunque no abundan en esta colección. Mostramos *Specimens of Arabian poetry* [nº 44] de J. D. Carlyle (1759-1804), selección de sesenta poemas árabes con su correspondiente traducción inglesa.

De Portugal hemos seleccionado *Instituições da lingua arabiga* [nº 46] del franciscano Antonio Baptista (1737-1813), gramática árabe en la que el autor expone sus ideas sobre la supremacía de esta lengua y su utilidad para conocer el hebreo y las Sagradas Escrituras.

MANUSCRITOS ÁRABES

La colección de manuscritos árabes de la Escuela alberga unas setenta obras que tratan fundamentalmente de cuestiones religiosas, aunque también las hay sobre derecho, lexicografía, gramática y literatura. Una parte procede de la Biblioteca Universitaria de Granada, de la que, como ya se ha dicho, formó parte la de la EEA durante un período de su historia. Esa parte fue incluida en el catálogo de Almagro y fue catalogada por Concepción Castillo en los *Cuadernos de Historia del Islam* en 1984. Otros manuscritos fueron adquiridos posteriormente a la familia Granados-Montoro y están en proceso de digitalización y catalogación definitiva.

De ella cabe destacar, por su importancia en el campo de las ciencias de la naturaleza, el *Tratado de agricultura (Kitāb al-Filāḥa o Urṣūza fī l-Filāḥa)* [nº 47], de Ibn

Luyūn, compuesto en Almería en 1348. Viene este texto a culminar el proceso de redacción de obras geopónicas árabes medievales, entre las que habría que señalar las de los autores del siglo XI Ibn Baṣṣāl (*Kitāb al-Qaṣd wa-l-bayān o Libro del propósito y de la demostración*) y Abū l-Jayr y el *Kitāb al-Filāḥa al-nabaṭiyya* de Ibn al-‘Awwām (s. XII). Precisamente el campo de los estudios sobre agronomía árabe ha constituido desde un principio y sigue siendo una de las líneas de investigación más pujantes de la Escuela de Estudios Árabes. Muestra de ello es la edición y traducción que de la obra de Ibn Luyūn llevó a cabo Joaquina Eguaras que tan ligada estuvo al centro y a su biblioteca. En esta misma línea, la investigadora del CSIC Expiración García Sánchez ha publicado recientemente el *Kitāb Zuhrat al-bustān wa-nuzhat al-aḥḥān (Esplendor del jardín y recreo de las mentes)*, obra de al-Ṭignarī, autor del siglo XI ampliamente utilizado como fuente por Ibn Luyūn.

Otra línea de investigación cultivada en la EEA desde sus inicios ha sido el derecho islámico, representada en sus primeros tiempos por el malogrado Salvador Vila, rector de la Universidad de Granada y Encargado de Sección y Profesor en la Escuela de Estudios Árabes, que trabajó sobre el formulario notarial *Al-Muqni’ fī ‘ilm al-ṣurūṭ* de Aḥmad b. Muḡīṭ al-Ṭulayṭulī. Otros trabajos de derecho se realizaron en la Escuela bajo la dirección de Jacinto Bosch Vilá y, en lo referente a la época nazarí, por Luis Seco de Lucena. En la actualidad continúa esta labor Camilo Álvarez de Morales, investigador del CSIC, que trabaja en un proyecto de edición, traducción y estudio de documentos granadinos. El derecho islámico está ejemplificado en esta colección de manuscritos por uno de los principales formularios notariales andalusíes: el *Kitāb al-‘Iqd al-munazzam* de Ibn Salmūn (688-767/1289-1366) [nº 48]. Viene éste a sumarse a una serie de formularios escritos anteriormente en al-Andalus, como el ya mencionado de Ibn Muḡīṭ o el *Kitāb al-waṭā’iq wa-l-siṭillāt* de Ibn al-‘Aṭṭār (m. 399/1008).

Otros manuscritos dignos de reseñar en esta exposición serían un fragmento de la *Muqaddima* de Ibn Jaldūn [nº 49], autor y obra sobre los que se han vertido tantas páginas con motivo de su centenario que no necesitan presentación, y *Al-Durr al-naḥīs fī*

uns al-zā’in wa-l-ṡālīs [nº 50]. Este último manuscrito, también fragmentario, es una refundición del *Futūḥ al-Šām (Conquista de Siria)*, obra falsamente atribuida a al-Wāqidī, (m. 207/823), con otra obra análoga compuesta por el alfaquí y tradicionista andalusí Abū ‘Umar al-Ṭalamankī (340-429/951-1037)

En relación con algunos manuscritos habría que señalar la existencia de una serie de obras de diversas disciplinas que tuvieron una gran difusión en el Magreb desde tiempos sa’díes. Es la época en que Fez se consolida como primer centro cultural del occidente musulmán, posición que ocupará durante muchos años con la Universidad de al-Qarawīyyīn. Allí acudirán los andalusíes emigrados durante los siglos XV y XVI, quienes constituirán un importante grupo de la sociedad fāsī en distintas actividades, no sólo en la intelectual. Junto a ellos la nobleza de los *ṣurafā’* y los *bildiyyūn* o *muhāyirūn*, musulmanes de origen judío, conformarán una sociedad en permanente conflicto social y político, pero con un alto nivel de erudición y conocimiento de las ciencias islámicas, que producirá una serie considerable de obras sobre distintos campos del saber religioso.

Lévi-Provençal, en su introducción a *Les Historiens des Chorfa*, que estudia las obras de los historiadores marroquíes de los cuatro últimos siglos bajo las dinastías jerifianas sa’dí y ‘alawí, al referirse al sistema de aprendizaje de los ulemas magrebíes, concede gran importancia a la *zāwiya* como lugar en el que los discípulos se reúnen alrededor del maestro y cita las obras fundamentales de cada materia (gramática, teología, lengua y religión) en las que cada aprendiz de sabio deberá instruirse para alcanzar el nivel que le permitirá, a su vez, transmitir estos conocimientos a una nueva generación de alumnos. Este corpus de obras básicas se ha mantenido casi inalterable desde tiempos sa’díes hasta época muy reciente, si bien con el transcurso del tiempo a esta base se fueron añadiendo otras obras de destacados ulemas magrebíes. Ya antes de Lévi-Provençal G. Delphin, en un trabajo sobre la Universidad de Fez, elaboró una relación de autores enseñados. La importancia de estas obras ha sido confirmada por Muhammad Hajji, quien, sin embargo, considera superada la obra del arabista francés por la

aparición de nuevos manuscritos en la Biblioteca Real, las *zāwiyas* o las bibliotecas generales y privadas de Marruecos.

Lo que nos interesa destacar es el hecho de que la mayoría de estas obras está representada en la colección de nuestra biblioteca, bien directamente, bien a través de algún *ṣarḥ* o comentario de los muchos que se hicieron a las obras básicas del saber islámico. Así, se pueden ver en esta exposición varias obras gramaticales y lexicográficas. No es necesario insistir en la importancia de estos géneros dentro de las ciencias islámicas al ser la lengua árabe el vehículo del texto revelado. Se puede ver un ejemplar de la *Alfiyya* de Ibn Mālik [nº 51], que es una gramática árabe versificada, o el *Kitāb al-Wāḍiḥ fī ʿilm al-ʿarabiyya* [nº 52] del célebre gramático andalusí Abū Bakr al-Zubaydī, aunque esta última no se encuentra entre los textos de la relación que hemos citado. Sí lo está el *Kitāb al-Muṭallaṭ* [nº 53], también llamado *al-Quṭrubīyya*, debido al apodo de su autor, Abū ʿAlī Muḥammad b. al-Mustanīr al-Šaybānī, que fue conocido como al-Quṭrub. De esta obra existen dos copias y un comentario en la Biblioteca de la Escuela de Estudios Árabes, una de las cuales se expone ahora. Se trata de una obrita lexicográfica que adquirió gran difusión en el Magreb sobre vocablos con el mismo ductus consonántico, que pueden adquirir hasta tres significados diferentes según las vocales que se empleen. Las colecciones de hadiz registradas por Lévi-Provençal, que son las obras clásicas de Mālik, al-Bujārī y al-Nawawī, están ausentes de la muestra, pero en cambio contamos con un ejemplar de los *Šamāʾil* [nº 54] de al-Tirmidī, que constituyen un género en sí mismos, podríamos decir que cercano a la *sīra* o biografía del Profeta, pues tratan de las cualidades morales y físicas de Muḥammad. Hay que señalar la existencia de varias obras de derecho islámico, aprendidas especialmente por los ulemas que aspiraban a un cargo en la magistratura. El futuro cadí aprenderá la *Tuḥfat al-ḥukkām* del granadino Ibn ʿĀsim (760-829/1359-1426) y la *Lāmiyya* de al-Zaqqāq. Ambas obras, profusamente estudiadas, fueron objeto de sendos comentarios por parte de Ibn Sūda al-Tawūḍī (m. 1209/1795), comentarios que se encuentran en un volumen misceláneo junto con otras obras de derecho

cuya autoría corresponde a al-Dukkālī, a Abū l-Qāsim al-ʿUmayrī y a Mayyāra al-Fāsī (999-1071/1591-1062) [nº 56]. En el campo de la teología la obra de mayor alcance en el Magreb fue sin duda *Al-Muršid al-muʾīn*, poema compuesto por Ibn ʿĀšir al-Anṣārī (999-1040/1590-1631), ulema de origen andalusí también perteneciente a lo que podríamos llamar la escuela de Fez, que se hizo célebre precisamente por este poema. Unido por lazos de familia con Ibn Sūda, también estuvo relacionado con Mayyāra (999-1072/1591-1662), de quien fue maestro. Esta relación desembocó en la redacción por parte del discípulo de un comentario a la obra del maestro, titulado *Al-Durr al-ṭamīn* [nº 57], que se hizo tan célebre y se expandió tanto como la obra reseñada. Fue Mayyāra una de las figuras más destacadas de las letras magrebíes en el siglo XVI-XVII, autor de un número significativo de títulos, entre los que se cuenta *Bustān fikr al-minḥaʾ fī taḍyīl muntajab al-minḥaʾ*, incluido en uno de los códices misceláneos aquí expuestos, además de una serie de comentarios a otras obras, entre los que no podía faltar uno a la *Tuḥfa* de Ibn ʿĀsim. Es relevante la pertenencia de Mayyāra al grupo de los *bildiyyūn*, pues el ostracismo al que se vio sometido por parte de otros ulemas por esta causa, fue el motivo de que escribiera su *Naṣīḥat al-muḡtarrīn wa-kifāyat al-muḡṭarrīn fī l-tafrīq bayna al-muslimīn* en defensa de los de este grupo. La obra desencadenó una gran polémica y hasta una marcha contra él, por lo que se vio obligado a recurrir a la protección de Muḥammad al-Ḥāyḥ al-Dilāʾī, sultán de Fez en aquella época. Un sobrino del sultán, Muḥammad al-Ṭayyib al-Dilāʾī, escribió un *Taqrīz* (elogio) de la *Naṣīḥa* y Muḥammad b. ʿAbd al-Wāḥid al-ʿAwfī, condiscípulo de Mayyāra hizo lo propio en defensa del letrado de Fez, aumentando de esta forma el número de obras de apologética.

Hemos dicho que Mayyāra escribió varios comentarios, pero llama la atención la cantidad de éstos que se encuentran en la literatura magrebí, bien se llamen *ṣarḥ* u otros nombres específicos de cada obra, además de otros títulos completivos que aparecen con otras denominaciones como *taḍyīl* (complemento), *taʿlīq* (anotación) o *ḥāšiya* (pl. *ḥawāšī*, anotación). Este fenómeno se manifiesta también en los manuscritos

aquí recogidos. M. Hajji, que se ha planteado también esta cuestión, le encuentra explicación en la época de declive que precede al renacimiento sa'dí. Según dice, con la decadencia se descuida el estudio de las *ummahāt*, de las grandes obras difíciles de comprender por los estudiantes. Los maestros se ven obligados a resumirlas para que puedan ser memorizadas, con lo cual disminuye la creación y aumentan los resúmenes de las obras de tiempos anteriores. Estos compendios serán aún más difíciles de comprender y ello propiciará el surgimiento y proliferación de los comentarios y las glosas.

Hemos hablado de algunos títulos de los aquí expuestos, como fruto del intenso movimiento intelectual y literario en época sa'dí y escritos, por tanto, en los siglos XVI y XVII, lo cual no quiere decir que esos manuscritos fueran originales o se copiaran en esas fechas. Hay algunos que son incluso muy posteriores, tal vez del siglo XIX. Cuando la fecha o el copista aparecen en el manuscrito, se ha consignado en la ficha correspondiente. Lo que sí parece es que estas obras y otras no expuestas, claramente magrebíes, son una representación de aquello que debía formar parte del acervo cultural de un ulema y tal vez formaran parte de una biblioteca que podríamos llamar especializada.

En una exposición sobre manuscritos árabes no puede faltar un Corán. La Escuela de Estudios Árabes no posee ningún ejemplar ricamente iluminado, pero sí uno que podríamos calificar de curioso [nº 58]. Presenta éste ciertas características lingüísticas propias del árabe andalusí, además de errores geográficos relativos a al-Andalus, lo que junto con su caligrafía, que no se corresponde con la de un avezado calígrafo, nos hace sospechar que la realidad del autor estaba alejada del pasado andalusí y nos inclina a aventurar una posible autoría morisca.

La última obra que aquí se presenta es el *Dīwān* del místico sufí Ibn al-Fāriḍ, en una copia manuscrita con una sencilla y delicada iluminación.

Somos conscientes del precario estado en que se encuentran algunos manuscritos, casi todos ellos necesitados de restauración, pese a lo cual hemos decidido exponerlos, pues aguardar a su recuperación supondría una espera de años. Es esta la razón de que el

número de los expuestos no sea más amplio.

En la ficha de cada obra presentamos la descripción bibliográfica de ésta, unas breves notas con los rasgos principales del autor y de la obra y una bibliografía orientativa. Creemos que además habría que realizar un estudio más profundo de este fondo desde el punto de vista bibliográfico, tipográfico e histórico, analizar las portadas, colofones y encuadernaciones, estudiar su procedencia y los distintos poseedores, etc. Pensamos que con esta exposición hemos dado un primer paso en ese sentido.

Agradecemos a nuestros compañeros de la Escuela de Estudios Árabes la ayuda que nos han prestado para preparar esta exposición, especialmente a Camilo Álvarez de Morales, Naima Anahnah, Expiración García Sánchez, Mariana Kalaitzidou, María López, Luis Molina y Mayte Penelas, así como a Juan Castilla por haber confiado en nosotras. También expresamos nuestro agradecimiento a Alfredo Quero y a María Ángeles Ávila.

Esta exposición no hubiera sido posible sin el patrocinio de Dirección General del Libro y del Patrimonio Bibliográfico y Documental de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y el apoyo e interés de su Directora General, Rafaela Valenzuela Jiménez, y de Ana Melero Casado, Jefa del Servicio de Archivos. Especialmente a ellas queremos mostrar nuestra gratitud y reconocimiento.